3.27. bis

CHILE: UN AÑO DE DICTADURA

J.Solé-Tura

Es difícil conservar la serenidad al hablar de Chile. Después de un año de dictadura, cuesta enormemente no dejarse llevar por la indignación.

Cada día la prensa aporta nuevos datos sobre la represión en curso y sobre el deterioro constante de las condiciones de vida de la población. Tras las recientes condenas a muerte de varios militares opuestos a los "golpistas" y de algunos altos funcionarios de la administración Allende, hemos recibido noticias sobre grandes operaciones represivas contra los habitantes de barrios enteros de [redacted] los suburbios de Santiago. Un año después del golpe subsiste el estado de sitio, quedan miles de detenidos en los campos de concentración, en cuarteles y cárceles. Las propias autoridades religiosas de Chile han denunciado las detenciones arbitrarias, los juicios sin garantías y la práctica sistemática de la tortura.

Con motivo del primer aniversario del golpe fascista, la prensa barcelonesa ha informado ampliamente de la [redacted] tremenda situación de Chile y no voy a extenderme en reproducir datos ya publicados. La situación es muy seria, muy grave. Y aunque las declaraciones de algunos de los dirigentes actuales del Estado chileno puedan prestarse a la irrisión (como la increíble propuesta del general Pinochet de liberar a un cierto número de presos politicos si la URSS y Cuba hacen lo mismo),

239. 2

esos mismos dirigentes dicen claramente que están dispuestos a mantenerse diez o veinte años en el poder, hasta destruir las raíces mismas del proceso político y social que hizo posible la experiencia de Unidad Popular.

El balance del año transcurrido es aterrador. Según los datos presentados en la Conferencia Paneuropea de Solidaridad con Chile celebrada en París el 6 y el 7 de julio, la cifra de muertos tras el golpe de Estado es de unos 30.000, el número de presos (dificil de calcular por la constante variación de los efectivos) no es inferior a 20.000, y la tortura (denunciada por el propio arzobispado de Santiago) es practicada sistemáticamente incluso con los ya condenados a largas penas .

Esta durisima represión está al servicio de una política económica muy clara: en el año transcurrido ,el nivel general de precios ha aumentado diez veces, el salario real ha disminuido en un 50%, el paro ha alcanzado el 15% de la fuerza de trabajo, es decir, afecta a unas 500.000 personas, han aumentado los impuestos indirectos, ha desaparecido la gratuidad de la enseñanza, han disminuído drásticamente las inversiones pùblicas, se han devuelto las empresas expropiadas a sus antiguos dueños,se ha quitado la tierra a los campesinos que la habían recibido con la Reforma Agraria, se ha indemnizado a los grandes monopolios americanos nacionalizados por el gobierno de Unidad Popular,etc. Es decir, la represión en Chile tiene un feroz carácter clasista, está al servicio de unos intereses muy concretos, que son los del gran capital norteamericano, el gran capital chileno asociado con éste, y la oligarquía terrateniente. También es conocido el dato de la intervención extranjera en el derrocamiento de Allende y la Unidad Popular. Estos días,precisa-

mente, la prensa ha [redacted] aireado cifras y detalles de algo que ya se sabía en líneas generales: la intervención de la C.I.A. [redacted] Se ha comprobado la directa intervención del "Premio Nobel de la Paz", Sr. Kissinger en la organización del golpe y han salido a la luz muchos detalles de la interferencia norteamericana en la vida política de Chile. [redacted] No es nada nuevo, ciertamente. Pero tampoco debe olvidarse.

Y no debe olvidarse porque esa intervención norteamericana, hoy denunciada con pelos y señales, no constituye un hecho excepcional. Lo ocurrido recientemente en Chipre y en Grecia, así como los avatares de la ofensiva económica americana en Europa, muestran claramente que la intervención política y económica de los Estados Unidos es un dato permanente en la vida política de cualquier Estado del mundo capitalista, un dato que no puede dejarse de tener en cuenta a la hora de definir estrategias de cambio político y de concretar alianzas.

La tragedia de Chile debe movernos a dos órdenes de consideraciones. La primera es [redacted] que defender hoy de manera consecuente la independencia nacional exige, en cualquier país del mundo capitalista, encontrar formas concretas y precisas de solidaridad con el pueblo chileno. La segunda es que toda propuesta de renovación política exige [redacted] contar con la segura intervención norteamericana y, en consecuencia, exige encontrar una fórmula que permita neutralizar o disminuir los efectos de esa intervención.

A este respecto, el comentarista debe evitar la imagen fácil del complot exterior, urdido y puesto en práctica desde las oficinas de tal o cual empresa multinacional o de tal o cual organismo oficial. El ejemplo de Chile muestra que la intervención norteamericana se hizo a través de las fuerzas políticas y sociales actuantes en la propia sociedad chilena, y que lo determinante es siempre la correlación de fuerzas interna. La intervención extranjera incide en esa correlación, pero dificilmente puede actuar por si sola, como si operase en tierra de nadie. Esto no ha ocurrido ni en el caso, aparentemente límite, de Grecia.

Esto significa que la intervención de la C.I.A. en Chile, con ser importante, no fué el elemento determinante del golpe de Estado. Ese elemento determinante hay que buscarlo en la correlación de fuerzas interna.

El trágico fin de la experiencia de Unidad Popular mostró que en Chile el proceso de la unidad y de la victoria electoral significó un avance real y movilizó importantes energías populares, pero no resolvió la cuestión clave del poder político. La política de nacionalizaciones, de reforma agraria y de creación de un importante sector público de la economía agudizó las contradicciones de clase, pero tampoco resolvió por si sóla la cuestión del poder. De hecho, en septiembre de 1973 el gobierno de Unidad Popular se encontraba ante una tremenda alternativa: o plantear la cuestión del poder por la vía de la movilización armada de las masas o retroceder, buscar un nuevo compromiso con la derecha.

Lo primero no pudo hacerlo, porque las formas de organización y movilización de las masas no permitían lanzarse por la vía ar-

mada. Lo segundo tampoco, porque habría significado la ruptura de Unidad Popular y, sobre todo, porque los que tenían que entrar en el nuevo compromiso (la Democracia Cristiana y el Ejército), no lo aceptaron y prefirieron jugar la carta del golpe y del aplastamiento de U.P.

La responsabilidad histórica de la Democracia Cristiana en los acontecimientos de Chile es enorme. Y màs todavía si se tiene en cuenta algo que, por lo demás, ya debía ser previsible entonces: que la Democracia Cristiana, como tal, no tendría cabida en el sistema dictatorial que iban a imponer los golpistas, y que éstos no podían dejar de imponer dada la envergadura de la represión con que tendrían que acallar la resistencia de la mitad del pueblo chileno.

Es importante tener esto en cuenta, no para repartir reproches históricos (que esto no incumbe al comentarista) sino para reflexionar sobre otros futuros. La tragedia de Chile se habría evitado seguramente (a costa de sacrificar algunos logros de la propia Unidad Popular) si la Democracia Cristiana hubiese aceptado el compromiso que le proponía el presidente Allende, si todos los componentes de Unidad Popular hubiesen comprendido la necesidad de ese compromiso y si todos hubiesen sabido fortalecer los sectores democráticos y nacionales del Ejército. Yo no sé cuàl era la vocación real de los militares chilenos, pero no creo que todos tuviesen como perspectiva vocacional ese "estado de guerra interna" que ha estado vigente desde el 11 de septiembre de 1973.

Reflexionar sobre la experiencia de Chile y sacar conclusiones válidas para otros horizontes es también una forma de solidaridad con el pueblo chileno.

"El Noticiero Universal", 14 septiembre 1974

238. 6

Lo cierto es que el golpe fascista y lo que ha ocurrido después, durante el año transcurrido, han representado una gravísima derrota para las fuerzas populares. Superar esta derrota exigirá, sin duda, un largo y tenaz esfuerzo por rehacer y consolidar la unidad de amplios sectores del pueblo -- incluyendo a algunos que se levantaron contra Allende -- . La resistencia contra el mortífero impacto de la represión es la tarea principal del momento, pero esta resistencia se combinará cada vez más seguramente con nuevas formas de movilización popular, a través de instrumentos muy diversos. Sólo esta movilización, cuyas formas son difíciles de prever (y sobre la cual no se puede, desde luego, dogmatizar) puede devolver al pueblo chileno la libertad perdida.

"El Noticiero Universal", 14 septiembre 1974